

Dolores del Río

Del centro de la noche surge el rostro de Dolores del Río. No se trata de una noche intensa, ni cerrada; más bien es un tiempo que linda con el atardecer, tibiamente, porque la vida así lo ha decidido apoyada en un grupo de nubes como también, descalza, la tierra, al advertirla, convierte su color en la sombra que le dan los manglares; o el calor de Durango, con alacranes que por envidia a sí mismos se matan. Tal vez a distancia se deje oír la salpicadura de las olas del mar mientras el aire, disuelto en naderías, es el espejo donde Dolores se contempla y se pone el disfraz que asoma cerrándose la puerta.

Por un momento se abre: la cabeza es azul. En ella reposa una guirnalda de tulipanes que respetan la frente, cuyo horizonte cuidadosamente se apoya lejos, muy lejos: a los viajeros habría que preguntarles si es alguien en verdad o si la inventaron para darnos, de la belleza, una lección. Allí mismo, en la frente, la memoria esconde páginas renovadas siempre por tenaces, por incansables, pues Dolores del Río ha nacido para triunfar. ¿Pero quién es esta mujer de trenzas recogidas en una especie de clausura donde el rostro se afirma? ¿Quién es la que vio el sol cuando el Carnero atraviesa los cielos y que por ello, simplemente por ello, tiene la cara oval, rítmico el rostro ante el propio misterio? Una llama interior respeta lo estatuario, sin embargo asombrado pues el espacio le devuelve los rasgos, ajenos a la vida, dejando, de sus huellas, una excusa famélica: por impensada inútil, por inútil perfecta.

En ese atardecer anochecido aparece un lunar —un diminuto punto de pimienta— que burlescamente rompe con la imagen puesto que la belleza es en sí un atropello que provoca la discordia, la ironía, el estupor. Y entonces ¿a qué exponer al tiempo el mentón, la nariz, detenidos en el campo de lo incomprensible? ¿O será que tal rostro de lado hace a la muerte que ronda por allí deseando que la piel pronto desaparezca para que la calavera, deslumbrante, emerja como el cráneo maya de cristal de roca, como el azteca de diseño celeste?

Otras cosas se advierten: las orejas, idénticas a rosas de Xavier Villaurrutia; los pómulos nocturnos alargados hasta finalizar junto a las cejas; la boca sin dolor, vertido suavemente el granate en los labios, finos como un lápiz, desnudos como los tallos de clavel; la nuca, ábside que circunda el resto de un cuerpo y unas manos que reman en silencio, en tinieblas también, pues la luz se ocultó y el azul de la cara es ahora un tono anudado a los huesos.

Ahora llegan las lluvias, el volver a la cama, el apagar la lámpara; el hacer, a escondidas —con galanes remotos— el amor. Con el agua la figura de barro se deshace. Pero es tiempo, ya, de saber que del retrato mismo las manos se deslizan para tomar la máscara, única que sin rostro, en Dolores se asoma a la verdad. ◇

"Los empeños", San Ángel, abril de 1993



Pang Salvador
Parronsment
H. Hores